

# Luis Cáceres Toro, artista y compañero

Como el rayo inesperado que troncha en plena fructificación al árbol joven y lozano, la muerte arrebató de sus danzas, de sus libros, de su magnífica realidad artística, a Luis Cáceres Toro, en plena primavera de la vida y de la realidad. Pero, lo que es más doloroso para sus compañeros, ha arrebatado al amigo ejemplar, sin tacha y sin egoístas regateos.

Los técnicos y los críticos podrán decir muchas cosas gratas en recuerdo de este muchacho de 26 años. Que sus ansias de superación artística lo empujaron a Europa, desde nuestra Escuela de Danzas, donde pudo asimilar las lecciones de los más grandes maestros del momento: Serge Lifar y Proo Brayinski; que la inquietud intelectual lo hizo bucear con éxito en las honduras de la poesía y de la creación literaria, en general, vertiendo su maravillosa sensibilidad en libros impresos en Buenos Aires, y que sus colaboraciones le eran solicitadas desde el mismo Buenos Aires, y aun desde París, desde los más avanzados círculos literarios; y, también, podrán decirlo, con certeza, que su vocación dominante era la danza; a la que había llegado, ya, a una técnica depurada, fruto de su trabajo consciente e infatigable, dando muestras de una plasticidad de línea, de una clara inteligencia y musicalidad. Inolvidables serán las versiones de este primer bailarín de nuestro Cuerpo de Bailes de la Escuela de Danzas, en "Coppelia", "Juventud", "Leyenda de José", "Czardas en la noche", "Antigua Viena" o en "La Mesa Verde".

Pero, nadie, ningún comentarista o crítico podrá jamás interpretar lo que ha

significado para nosotros, sus compañeros de todos los días, la legitimidad permanente de su bondad, y el temple de su amistad y compañerismo, que no tienen parangón —por desgracia— en estos días egoístas, con los de nadie. Porque Luis Cáceres Toro, exímio bailarín, inquieto, intelectual, sensible músico, era para todos los que con él debían compartir su aventura vital, el más extraordinario compañero que hayamos conocido nunca. Sus palabras eran sólo estímulo y aliento, sus intenciones más nimias eran consuelo y comprensión, cada uno de sus actos era un eterno dar a manos llenas, con el corazón y la mente. Su amistad para todos nosotros siempre tuvo la maravillosa integración de ternura, aliento y fraternidad, que constituyen lo perfecto en este mundo de tremendas imperfecciones.

Cuando en los días venideros prosiga la rítmica tarea de los bailarines que fueron sus compañeros, seguramente el lugar que ocupaba Luis Cáceres, honroso y justificado, se ocupará con cualquier otro tan digno y capaz como lo fuera el amigo desaparecido. Pero, el recuerdo de su arte, no podrá ser comparable, pese a su excelstitud, al doloroso vacío que en el corazón de cada compañero y compañera deja el amigo sin par, el consejero generoso, el invariable apoyo moral, el gentil caballero, en fin, todo ese tejido de matices que constituían la extraordinaria calidad humana de Luis Cáceres Toro, primer bailarín de nuestro conjunto.

El Cuerpo de Baile de la Escuela de Danzas, Universidad de Chile